

EL CURSO

Jamás me hubiera apuntado a aquel curso, si no hubiera sido porque la depresión y la desidia se habían instalado en mi vida desde que mi marido falleció junto a nuestro perro Kilo en un cruel accidente de tráfico. Una absurda discusión por la plancha y su superficie quemada, escondía un profundo asco que nos profesábamos desde hacía ya un año largo y que disfrazábamos a base de esforzadas sonrisas, orgasmos fingidos y un terrible miedo a dejar una relación que habíamos dejado de reconocer como nuestra; éramos desconocidos discutiendo por una plancha, mientras Kilo, nuestro perro obeso, no dejaba de ladrar pesadamente.

Aquel día y tras la ilógica pelea, mi marido salió como alma que lleva el diablo, arrastrando al pobre chucho tras de sí. Habíamos discutido infinidad de veces, pero aquella ocasión fue diferente y un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al verle salir de la casa. Aún a día de hoy sigo teniendo dudas de si presentí lo que le iba a suceder o quise que le sucediera.

Sea como fuere y aunque en lo más profundo de mi ser, le deseara algún mal, la realidad me desbordó por completo y fue más cruel de lo que nunca hubiera deseado.

La policía me relató lo sucedido con todo tipo de detalles y vomité varias veces mientras me describían el accidente. Al parecer un camión había perdido el control, cruzándose en la carretera de manera mortal; la velocidad a la que iba mi marido sólo añadió crudeza a lo inevitable. Los hierros del trailer actuaron de enorme guillotina, decapitando a mi marido y aplastando a Kilo como si de un trozo de carne picada se

tratara; el cuerpo de mi marido también reventó en el impacto y tan sólo la cabeza se salvó al salir despedida hacía atrás.

Y allí estaba yo, de pie, ojerosa de tanto vomitar, con los ojos empapados en lágrimas, con las manos temblorosas, contemplando la cabeza de mi marido en aquella fría sala del Anatómico Forense. Parecía un juguete diabólico, algo irreal, con el cuello seccionado de manera limpia, con la expresión tranquila, como si fuera a abrir los ojos y a sonreírme.

Tras admitir que aquella cabeza era la de mi marido, volví a mi casa incrédula aún de lo que acaba de vivir y el hecho de no haber visto el cuerpo completo de mi marido sin vida, suavizó de manera espeluznante mi dolor, como si el hecho de ver tan solo una parte de su cuerpo, restara credibilidad a lo sucedido; la imagen de su cabeza era tan grotesca que me costó durante mucho tiempo creermelo que mi marido había muerto, la absurda teoría a la que me auto sometía era que si no había cuerpo, no existía muerte alguna a la que llorar. Caso aparte fue lo de Kilo.

Me despertaba cada noche empapada en sudor oyendo sus graves ladridos y hasta podía olerle. Las pesadillas eran continuas y lo veía una y otra noche acercándose a mi cama, con el cuerpo hecho trizas, me parecía oírle beber de su cachivache y en alguna ocasión, hasta pude oler sus pestilentes pedos.

Una mañana, la número sesenta y seis, me armé de valor y tiré todas y cada una de las fotos en las que salíamos juntos mi marido y yo, así como todas sus pertenencias y aquellas que quise conservar, aún no sé porque extraña razón, las guardé en una caja bajo llave, como si aquellas pocas fotos que decidí salvar de la quema, pudieran hacerme algún mal. Las cosas del perro corrieron la misma suerte. Hice de tripas corazón y cambié la casa de arriba a abajo. Me cambié de dormitorio y pinté las paredes

de colores alegres; las noches las afronté con buenos cócteles de pastillas para dormir y así unos días mejor y otros peor, me fui reponiendo de la dura experiencia vivida.

La normalidad poco a poco volvió a mi vida y me sentía más animada, más fuerte, fortaleza sacada de mis entrañas y de mis ganas de pensar que yo no había sido la culpable de lo sucedido y que el destino ya estaba escrito, aunque en ocasiones de una forma muy macabra. No sabía yo en ese momento lo que el destino me tenía reservado a mí.

Alentada por una amiga, me apunté a un curso de fotografía; siempre me había interesado el tema y aunque ignoraba cualquier cuestión técnica, me las apañaba bastante bien a la hora de plasmar imágenes en papel; mi marido me había regalado en nuestro primer aniversario, una cámara de buena calidad y yo en aquellos tiempos de gozosa felicidad primeriza, me pasaba las horas haciendo fotos a todo. Aún conservaba aquella cámara y aunque se había quedado algo anticuada, me serviría para hacer mis prácticas.

Los primeros días llegaba a clase con nerviosismo infantil y con la esperanza de que aquel curso me devolviera la ilusión por la vida y la gente y así fue al principio y durante un tiempo demasiado escaso. No éramos más de quince en la clase, seis hombres y el resto mujeres, para mi sorpresa había gente más mayor de lo que esperaba, lo cual me alegró, pues yo ya no era una jovencita precisamente.

Aprendía rápido, casi como si ya lo supiera y la relación con mis compañeros/as era muy fluida y saludable para mí. Al terminar las clases nos quedábamos en el bar de la esquina, tomándonos algo e intercambiando ideas sobre fotografía; se les veía buena gente y muy inteligentes, llenaban mi vida y yo, sin que ellos lo supieran, les estaba eternamente agradecida, pues habían hecho que en momentos concretos, olvidara por completo el terrible suceso de mi marido, aunque nunca lo pudiera olvidar del todo.

Los días pasaban y cada día me sentía mejor entre mis nuevos amigos, aunque sentía debilidad por un hombre, lo cual no dejaba de sorprenderme, pues no imaginé que volviera a albergar sentimiento alguno hacía otro hombre, pero así fue y me dejé llevar por el bienestar que sentía, sin pensar en fantasmas pasados.

Pero a los fantasmas no los puedes dejar de lado, el bienestar no dura para siempre, los miedos vuelven y lo hacen de manera dolorosa.

Mi debilidad por aquel hombre del curso de fotografía, me daba seguridad al tiempo que Kilo volvía a mis pesadillas, ladrándome de manera más encarnizada, oliendo más profundamente a muerte, a descomposición. Ignoraba que había provocado la vuelta de aquellas pesadillas y aunque siempre acontecían en las noches en que aquel hombre dormía conmigo, era ese hecho lo que me hacía sentirme mejor; me despertaba como una niña chica, llorando y me refugiaba en los robustos brazos de mi acompañante, el cual cumplía con extremada perfección, su papel de defensor. Cuando me quedaba sola, las noches aunque inquietantes, pasaban de forma más tranquila; sin saber a que atribuirlo, la casa volvía a oler a mi marido y al maldito chucho y mi bienestar se fue disolviendo como un azucarillo. Estaba demasiado temerosa y el hecho de que mi nuevo acompañante hiciera más habituales sus noches junto a mí, no sólo no me tranquilizaba, sino que me ponía más inquieta de lo normal.

Una noche caí en un sueño profundo que se fue transformando poco a poco en pesadilla, sentí la voz de mi marido en un susurro, pero no pude distinguir palabra alguna al encontrarse éste demasiado cerca de mi oído, al querer apartarlo un poco, para así distinguir mejor lo que quería decirme, comprobé que era tan sólo su cabeza lo que yo apartaba y con repulsión lancé ésta lo más lejos de mí; la vi rodar como si de una pelota se tratara y al chocar con la pared, sus ojos se encontraron con los míos, mientras me gritaba “cuidado” y Kilo corría hacía mí con su cuerpo hecho papilla y se abalanzaba

sobre mi cuerpo lamiéndome la cara... fue justo en ese momento cuando desperté aterrorizada y para mi asombro, inmóvil como una piedra. Mi acompañante dormía placidamente a mi lado y sentí un irracional odio, por no haberse dado cuenta de la escalofriante pesadilla que acaba de tener.

Me incorporé con máximo cuidado, para no despertar a mi compañero de cama y me dirigí no sin miedo infantil, a la cocina a beber un vaso de agua; miraba hacía todos lados dando por hecho que aparecería Chucky en cualquier momento, dando sentido a la película de terror que en mi cabeza había ideado; no hizo falta Chucky ni su novia, estaba a punto de escribir y acontecer, mi propia película de miedo.

Cogí el vaso de agua y me fui hasta el salón, sentándome en el sofá y esperando que se me pasara el susto. La chaqueta de mi compañero colgaba de una silla y encima de ésta, se encontraba la carpeta de fotografías de él; me levanté para echarle un vistazo y dispuse la carpeta encima de la mesa, me sorprendió ver que había una gran cantidad de fotos y di por hecho, que no todas serían del curso actual. El hecho de estar mirando sus cosas a escondidas, pareció relajarme y que me olvidara por un segundo de mi pesadilla. Había fotografías de todo tipo, tamaño y color y algunas habían sido cortadas o rotas de manera rudimentaria, supongo que para experimentar con ellas. Algo si era cierto, eran muy diferentes en cuanto al tamaño y el color, pero todas las que iba pasando me desagradaban a cuál más; eran demasiados crudas, vagabundos durmiendo sobre sus meados, niños cadavéricos esnifando cola, palomas muertas y comidas por los gusanos... todas tenían que ver algo con la muerte o su cercanía.

El frío se me colaba por debajo del camisón y decidí sentarme en el sofá de nuevo, para continuar viendo el extraño álbum de horrores de mi compañero, al cuál escuchaba respirar profundamente en la habitación. Pensé lo raro que me parecía que aún no se

hubiera dado cuenta de que no estaba en la cama, cuando las anteriores veces, siempre me había consolado tras una pesadilla.

Las fotografías de desgracias, desfilaban ante mis ojos, invadiendo mi cara de incredulidad y temor, me extrañaba que alguien como él, tuviera tanto interés por no decir todo el interés, en fotografiar escenas tan crueles, pero no lo conocía lo suficiente, aunque él a mí sí... Incendios, moscas aplastadas, gente llorando en un entierro, gatos atropellados y un coche accidentado... No caí en la cuenta, de tantas fotos horribles como llevaba vistas, hasta que vi otra foto del coche y otra y otra. No era un coche cualquiera, era el coche de mi marido, nuestro coche; mis ojos se abrieron de forma que me hice daño y tapé mi boca con mi mano, para evitar gritar, solté la carpeta un momento, para alcanzar el vaso de agua, pues la angustia me había secado la garganta; miré instintivamente detrás de mí, comprobando que mi ahora desconocido acompañante, seguía durmiendo, afiné el oído y escuché de nuevo su respiración.

Volví a coger la carpeta y ahora la curiosidad se había vuelto miedo a pasar a la siguiente fotografía; comprobé atónita que la siguiente correspondía a una foto del cuerpo de mi marido aplastado contra el asiento y sin cabeza, las lágrimas empezaron a caer en cascada sobre mis mejillas, mientras mi piel se erizaba de pánico. La mezcla de espanto e incredulidad me dejó absorta en la visión de aquella imagen durante un segundo; las que le seguían eran de igual o mayor crudeza. Tiré la carpeta encima de la mesa y las fotos se desparramaron formando un grotesco rompecabezas de muerte y desgracias. Me quedé inmóvil mirando aquello y sin saber muy bien que hacer, el miedo me tenía paralizada y sentí un escalofrío recorriendo mi nuca.

Antes de que pudiese reaccionar, mi compañero, mi defensor, me había tapado la boca con su gran mano y me había levantado por encima del respaldo del sofá; al elevarme, pateé la mesa, haciendo caer toda aquella repugnante carpeta y esparciendo sus

fotografías y el vaso de agua, encima de la alfombra. Intentaba gritar, pero en mi intento me ahogaba, pues sus enormes manos, aquellas que tantas noches de placer me había regalado, abarcaban gran parte de mi cara, tapando incluso los orificios nasales. Me arrastró hasta la habitación y en el camino me corté los talones con el filo de una baldosa rota, al apartar su manaza de mi boca, me tumbó de un puñetazo que me dejó inconsciente, durante no se cuanto tiempo. Cuando desperté me dolía la mandíbula y todo el cuerpo como si estuviera enferma y hubiera dado cualquier cosa, porque así fuera. Observé que estaba atada de pies y manos y en la boca tenía un trozo de cinta; a la altura de los pies había sangre en las sábanas, a consecuencia del corte que me había hecho en los talones. Estaba amaneciendo y entraba algo de luz por la ventana, aunque la habitación estaba aún demasiado oscura para poder ver con claridad donde estaba mi acompañante.

El fogonazo del flash de una cámara me devolvió a la realidad y vi a mi compañero haciéndome fotos, el flash me cegaba y noté como la orina caliente corría por mis muslos, no quería llorar pues eso hacía que me ahogara. Volvió a desaparecer entre sombras y aproveché ese breve momento para intentar deshacerme de mis ligaduras sin éxito; volvió al cabo de un minuto con el enorme cuchillo de cocina que mi marido utilizaba para cortar los huesos para Kilo; antes incluso de que me diera tiempo de pensar en que diablos iba a hacer, sentí el hierro hundiéndose en mi pierna a la altura de mi rodilla, fue tal la fuerza que utilizó, que mi hueso crujió como si de un palillo de dientes se tratara. La luz del amanecer invadió la estancia y hubiese dado cualquier cosa por no visionar mi pierna seccionada y a mi compañero disparándome con su cámara fotográfica; acto seguido me desmayé.

Al despertarme tuve que hacer un esfuerzo por no desmayarme de nuevo, pues la punzada de dolor, me cruzó el cuerpo de arriba abajo; tal era el sufrimiento que tardé

unos segundos en darme cuenta de que no tenía la mordaza puesta, ni mis manos estaban ya atadas; no me atrevía a moverme por miedo a ver de nuevo su cámara enfocándose, el cuchillo o simplemente a él. Cuando me centré, cosa difícil con una pierna cortada, miré el reloj de encima de la mesita de noche y marcaban las tres y veinte de la tarde; habían pasado casi diez horas desde el amanecer y lo primero que se me vino a la mente es a mí viva después de tanto tiempo desangrándome. Me observé la pierna no sin cierto asco y comprobé que me la había vendado fuertemente; intenté moverme, pero a cada intento, el dolor se agudizaba y la tela utilizada en el vendaje, comenzaba a empaparse de sangre de nuevo. Abandoné la idea de intentar moverme hacia la puerta, pues no quería perder el conocimiento de nuevo, así que me armé de valor y cogí el teléfono a un riesgo de que él continuara en la casa; tendría que haber muerto aquella noche.

Mi pierna jamás apareció, así como jamás supe por qué me había soltado y aplicado un torniquete para que no me desangrara; casi parecía que nadie hubiera pasado esa noche ni ninguna por mi casa, borró todo rastro de su persona y casi me hizo autoconvencerme de que no había existido nunca, sólo al mirarme mi inexistente pierna, era consciente de que él estuvo en mi casa y en el accidente de mi marido y del pobre Kilo, quienes en pesadillas intentaban advertirme del peligro, de una manera quizás increíble por algunos. La policía tras muchos meses sin dar con alguna pista definitiva para encontrar a mi compañero, dejó el caso en un segundo plano y cada vez fueron menos las llamadas que me hacían y aunque la angustia de saberme en un mismo mundo con aquella persona, era insufrible, también sentí cierto alivio de no tener que revisar más fotos de criminales, ni ver ruedas de reconocimiento, ni declarar una y otra vez sobre la misma historia. Era extraño, pero no sentía miedo por pensar que él volvería a por mí, lo

que me daba pánico era recordar aquella noche, aquel amanecer, el cuchillo
partiéndome la pierna...

Han pasado ya dos años y estoy intentando acostumbrarme a mi nueva prótesis y a mi
nueva ciudad; duermo con dificultad, pero ya hace meses que no tengo pesadillas,
aunque quizás a partir de hoy vuelva a tenerlas y casi mejor sería no dormir. Acabo de
recibir una llamada de la policía que sigue mi caso, informándome de que acaban de
encontrar mi pierna intacta.

Vinto Chindas